

El progreso del Peregrino (XIV)

Continuación

FIEL - ¡Ah! Entonces se clavó en mi mente como con hierro de fuego el pensamiento de que, por más que me lisonjeaba, cuando me tuviese ya en su poder me vendería como esclavo. "No os molestéis más -le dije-, porque ni aun acercarme quiero a la puerta de vuestra casa." Entonces me injurió mucho, y me aseguró que enviaría tras de mí a uno que haría muy amargo el camino a mi alma. Le volví, pues, las espaldas para seguir mi camino; pero en ese mismo instante sentí que me había cogido y tirado tan fuertemente de mi carne, que creí que se había llevado parte de mí mismo, lo cual me hizo exclamar: "Miserable hombre de mí". Y seguí mi camino por el collado arriba.

Ya había subido hasta la mitad, cuando mirando atrás vi a uno que me seguía más ligero que el viento, y me alcanzó precisamente donde está el cobertizo.

CRISTIANO - Tristes recuerdos tiene aquel cobertizo para mí. Allí justamente me senté yo para descansar, y habiéndome vencido el sueño, se cayó de mi seno este pergamino.

FIEL - Déjame continuar, buen hermano; al instante que este hombre me alcanzó me dio tan fuerte golpe, que me arrojó al suelo, dejándome por muerto. Le pregunté la causa de este mal tratamiento, y me respondió: "Porque secretamente te inclinaste al Adán primero"; y al decir esto me dio otro golpe mortal en el pecho que me hizo caer de espaldas, dejándome medio muerto a sus pies. Cuando volví en mí, le pedí misericordia; mas su contestación fue: "Yo no sé mostrar misericordia"; y de nuevo me arrojó al suelo, y seguramente hubiera acabado conmigo a no haber pasado por allí Uno, que le mandó detenerse.

CRISTIANO - ¿Y quién era ese?

FIEL - No le conocí al principio; pero al pasar me apercibí de las heridas de sus manos y costado, y por ahí comprendí que era el Señor. Gracias a Él, pude seguir mi camino collado arriba.

CRISTIANO - El hombre que te alcanzó era Moisés; no perdona a nadie, ni sabe compadecerse de los que quebrantan su ley.

FIEL - Lo sé perfectamente, pues no era la primera vez que me había encontrado; él fue el que, cuando estaba quieto en mi casa, vino y me aseguró que la quemaría y que haría que se desplomase sobre mi cabeza si permanecía allí por más tiempo.

CRISTIANO - Pero, ¿no viste la casa que estaba en la cima del collado en que te encontró Moisés?

FIEL - Sí, por cierto, y vi también los leones que había antes de llegar a ella; pero creo que estaban dormidos, porque pasé cerca de las doce del día; y como me quedaban aún tantas horas de sol, no me detuve a hablar con el portero, y tomé la cuesta abajo del collado.

CRISTIANO - Es verdad. Ahora recuerdo que me dijo que te había visto pasar; pero me hubiera alegrado que te hubieses detenido en la casa, porque hubieras visto muchas cosas tan raras, que difícilmente las hubieras olvidado en los días de tu vida. Pero dime, ¿no encontraste a nadie en el valle Humillación?

FIEL - Me encontré a Descontento, que trató de persuadirme a que retrocediera con él; pues, según él creía, ese valle estaba completamente sin honor. Me dijo, además que el andar en él sería desagradar a todos mis amigos -Soberbia, Arrogancia, Amor propio, Gloria mundana y otros que él sabía seguramente se darían por muy ofendidos si yo era tan necio que me empeñaba en pasar ese valle.

CRISTIANO - Bueno, ¿y qué le contestaste?

FIEL - Le dije que, aunque todos los que acababa de nombrar pudieran alegar parentesco conmigo, porque lo tienen según la carne, sin embargo, desde que empecé este camino renunciaron a tal parentesco, y yo, por mi parte les correspondí en la misma moneda; de suerte que ahora no eran para mí más que como si nunca hubiésemos sido parientes. Le añadí que, en cuanto al valle, estaba completamente equivocado, porque delante de la honra está la humildad, y antes

El Señor de los peregrinos



1. Pero seguí mi camino. A la mitad de la subida miré atrás y vi que venía uno siguiéndome con más velocidad que el viento. Me alcanzó casi en el lugar donde está el banco y enseguida me dio una palabra y un golpe.



2. "Me tiró al suelo donde yacía como muerto. Cuando volví en mí, le pregunté por qué. Me dijo porque me había sentido inclinado a irme con Adán Primero, y me golpeó otra vez.



3. "Otra vez yacía como muerto. Cuando volví en mí de vuelta, le rogué misericordia. 'No sé mostrar misericordia,' dijo y de nuevo me derribó."



4. "Pero Uno pasó por allí que le ordenó desistir," continuó Fiel. "Noté las heridas que tenía en sus manos y costado. Entonces me di cuenta de que era Nuestro Señor."

de la caída, la altivez de espíritu; por lo cual -le dije-: más bien prefiero pasar por este valle a la honra que tienen por tal los más sabios, que escoger lo que tú estimas más digno de nuestros afectos.

CRISTIANO - ¿No encontraste a nadie más?

FIEL - Sí: me encontré con un tal Vergüenza; pero entre cuantos he encontrado en mi peregrinación, éste me pareció al que menos le cuadra su nombre. Otros aceptan un no, después de alguna argumentación; pero este descarado nunca se decide a dejarnos.

CRISTIANO - Pues, ¿qué te dijo?

FIEL - ¿Qué me dijo? Ponía objeciones a la misma Religión; decía que era una cosa vergonzosa, baja y mezquina en un hombre ocuparse de Religión; que una conciencia sensible era una cosa afeminada, y que rebajarse el hombre hasta el punto de velar sobre sus palabras, y desprenderse de esta libertad altiva que se permiten los espíritus fuertes de estos tiempos le harta la irrisión de todos. Objetó también que sólo un corto número de los poderosos, ricos o sabios, habían sido jamás de mi opinión, y que ninguno de ellos lo fue hasta que se decidió a ser necio, y arriesgar voluntariamente la pérdida de todo por un algo que nadie sabe lo que es. "Mirad, si no -añadió-, el estado y condición bajos y serviles de los peregrinos de cada época, y veréis su ignorancia y falta de civilización y conocimiento de las ciencias". Sobre esto argumentó largo rato y sobre otros muchos puntos por el estilo que podría contar, como, por ejemplo, que era vergonzoso estar gimiendo y llorando al oír un sermón, volver a su casa con la cara compungida, pedir al prójimo perdón por faltas leves y restituir lo hurtado; añadió también que la Religión hace al hombre renunciar a los grandes y poderosos por algunos pequeños vicios que en ellos haya (cuyos vicios calificó con nombres mucho más suaves) y le hace reconocer y respetar a los miserables como hermanos en religión. "¿No es esto —exclamó— una vergüenza?"

CRISTIANO - Y ¿qué le contestaste?

FIEL - ¿Qué? Al principio no sabía qué decir, pues tanto me apuró que se agolpó la sangre a mi rostro. La misma Vergüenza vino a mi cara y casi me venció. Pero por fin empecé a considerar que lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. Que este Vergüenza me dice lo que son los hombres; pero nada de lo que es Dios ni su Palabra y pensamientos; que en el día el juicio no se nos ha de sentenciar a muerte o vida según los espíritus orgullosos del mundo, sino según la sabiduría y la ley del Altísimo. Por tanto -añadí-, es seguramente lo mejor lo que Dios dice ser mejor, aunque a ello se opongan todos los hombres del mundo. Visto, pues, que Dios prefiere su propia religión; visto que prefiere una conciencia delicada; visto que son los más cuerdos los que se hacen necios por el reino de los cielos, y un pobre que ama a Cristo es más rico que el más poderoso del mundo, si éste no le ama, fuera, pues, de mí, ¡Vergüenza! Eres un enemigo de mi salvación; ¿te he de atender a ti con menoscabo de mi Señor y Soberano? Si eso hago, ¿cómo podré mirarle cara a cara el día de su venida? Si ahora me avergonzare de sus caminos y de sus siervos, ¿cómo podré esperar la bendición?

En verdad que este Vergüenza era un villano atrevido. Con mucha dificultad lo pude echar de mi compañía, y aun después me estuvo molestando con sus visitas e insinuándome al oído ya una, ya otra de las flaquezas de los que siguen la Religión; pero por fin le hice comprender que perdía miserablemente el tiempo en este negocio, porque las cosas que él desdeñaba, precisamente en ellas veía yo más gloria; sólo así pude verme libre de sus importunidades, y entonces, desahogando mi corazón, en alta voz, comencé a cantar:

*Los que obedecen a la voz del cielo
Muchas pruebas tendrán
Gratas para la carne, seductoras,
Que no sólo una vez les tentarán.
En ellas puede el débil peregrino
Ser tomado, "vencido y perecer."*

*¡Alerta, viador! Pórtate en ellas
Como quien eres y podrás vencer.*

CRISTIANO - Me alegro, hermano, que con tanta valentía hicieras frente a ese bribón, porque él, entre todos, como dices, es a quien cuadra menos el nombre que lleva. Es un osado que nos sigue hasta en las calles, procura avergonzarnos delante de todos; es decir: que nos avergoncemos de lo bueno. Si no fuera tanto su atrevimiento, ¿cómo había de hacer lo que hace? Pero resistámosle, porque a pesar de todas sus bravatas sólo consigue su objeto con los necios, y con nadie más. Dijo Salomón: "Los sabios heredarán honra, pero los necios sostendrán ignominia".

FIEL - Me parece que nos es muy necesario pedir a Aquél que quiere que seamos valientes para la verdad en la tierra, que nos dispense su ayuda contra Vergüenza.

CRISTIANO - Dices verdad. ¿Pero no encontraste a nadie más en ese valle?

FIEL - No; porque tuve la luz del sol todo lo restante del camino de ese valle, y también en el de Sombra-de-Muerte.

CRISTIANO - Buena suerte fue la tuya; no la tuve yo tan dichosa. Tan pronto como entré en ese valle, tuve que sostener un largo y terrible combate con aquel maligno llamado Apolión; yo temí quedar entre sus manos; sobre todo cuando me tuvo debajo de sus pies; me aplastaba como si quisiera despedazarme; en el acto de arrojar me al suelo, mi espada se cayó de mi mano, y entonces le oí gritar: "Ya te tengo seguro." Pero clamé al Señor, y El me oyó y me libró de todas mis angustias. Después entré en el valle do Sombra-de-Muerte, y casi la mitad del camino tuve que andarlo a oscuras; me figuré muchas veces que iba a perecer; pero por fin amaneció el día, se levantó el sol, y ya pude andar lo restante del camino con mucha más tranquilidad y sosiego.

CAPITULO XII

Verdadero retrato en Locuacidad de tantos falsos profesores de religión, que hacen consistir ésta en hablar mucho y no obrar nada.

En tan importante conversación marchaban, cuando vi en mi sueño que volviendo Fiel los ojos a un lado, vio a un hombre que se llamaba Locuacidad, que iba, aunque un poco distante de ellos, a su derecha, porque allí ya el camino era ancho y había bastante lugar para todos. Era un hombre alto y mejor parecido a alguna distancia que de cerca, y dirigiéndose a él, le dijo:

FIEL - ¡Eh! ¡Amigo! ¿Adónde va usted? ¿Al país celestial?

LOCUACIDAD - Sí, señor, allá me encamino.

FIEL - Allá vamos todos. ¿Por qué no viene usted con nosotros y gozaremos de su amable compañía?

LOCUACIDAD - Con mucho gusto les acompañaré.

FIEL - Vamos, pues, juntos, y pasemos nuestro tiempo hablando de cosas provechosas.

LOCUACIDAD - Muy grato me es hablar de cosas buenas con ustedes o con otro cualesquiera, mucho me alegro de haberme encontrado con los que tienen afición a tan buena obra, porque, a la verdad, son pocos los que así emplean el tiempo de sus viajes; la mayor parte prefieren hablar de cosas fútiles, lo cual siempre me ha afligido mucho.

FIEL - Es en verdad muy lamentable, porque nada hay más digno de ocupar nuestra lengua y nuestros labios como con las cosas del Dios de los cielos.

LOCUACIDAD - ¡Cuánto me agrada oír a usted hablar de esta manera! Porque su lenguaje revela una profunda convicción. Es verdad; ¿hay algo comparable con el placer y provecho que se saca de hablar de las cosas de Dios? Si el hombre gusta de las cosas maravillosas, por ejemplo, de historia, de los misterios, milagros, prodigios y señales, ¿dónde podrá hallar lectura tan deliciosa y tan dulcemente escrita como en las Sagradas Escrituras?

FIEL - Es mucha verdad; pero debemos siempre procurar sacar provecho de nuestra conversación.

Continuará